

PUBLICACIONES

DEL

MUSEO DE ETNOLOGÍA Y ANTROPOLOGÍA

DE CHILE

SUMARIO:

	Págs.
DR. AURELIANO OYARZÚN....	Memoria presentada al señor Ministro de Instrucción Pública.. 129
MARTÍN GUSINDE	Segundo viaje a la Tierra del Fuego..... 133
DR. AURELIANO OYARZÚN ...	Los indios Alacalufes..... 165
J. T. MEDINA.....	Una lechuza simbólica..... 171
DR. AURELIANO OYARZÚN ...	Hachas de cobre usadas por los Araucanos en la guerra de la Conquista de Chile..... 175
MARTÍN GUSINDE	Otro mito del Diluvio que cuentan los Araucanos. 183
MARTÍN GUSINDE	Bibliografía de la Isla de Pascua 201

SANTIAGO DE CHILE

IMPRENTA CERVANTES

MONEDA, 1170

1920



Segundo viaje a la Tierra del Fuego

Informe del Jefe de Sección

Señor Director:

A medida que se viene acercando la fecha memorable del IV centenario del descubrimiento del Estrecho de Magallanes, se despierta el interés en todos los círculos, tanto científicos como comerciales, sociales y políticos, por esa magna obra de aquel valiente, esforzado e intrépido marino que con la esperanza de dar mayor impulso a las conquistas españolas y abrir nuevos senderos comerciales a la cultura humana, despreció su vida exponiéndola a miles de peligros y vicisitudes para que los que le siguiesen pudieran aprovechar su inmenso sacrificio. Parece que todos nuestros contemporáneos dirigen ahora su mirada hacia el pasado con el fin de representarse en la imaginación y de penetrar en los cambios inesperados que esta expedición produjo en el orbe entero; este interés por comprender el ambiente que reinaba en aquella época lejana, produce en el ánimo del que logra compenetrarse de su importancia el gran deseo, el celo sagrado de con-

tribuir eficazmente al adelanto de la humanidad, participando así del noble genio del inmortal Magallanes.

En comprensión cabal de los nobles sentimientos que hoy en día conmueven el alma del verdadero patriota, Ud, señor Director, tuvo a bien encargarme de emprender una segunda excursión científica a las regiones australes de Chile, y completar la obra empezada por el intrépido marino, aclarando tantos e innumerables problemas que esperan su solución.

En mi primer viaje por las regiones magallánicas, a principios del año 1919, tuve sobrada ocasión de imponerme de cuán imperfectos e incompletos eran todavía nuestros conocimientos referentes a aquel territorio, comprendiendo la urgencia de resolver el enigma que hasta hoy encierra su muy característica flora y fauna, la geología y paleontología, y más todavía la etnología y antropología de los fueguinos, y esto último con tanta mayor razón cuanto que aquellas razas marchan hacia su extinción definitiva con una rapidez imposible de detener.

Lejos de negar lo mucho que se había hecho en adelantar nuestros conocimientos de aquellas regiones, debemos, sin embargo, constatar que eran casi exclusivamente comisiones extranjeras las que habían dedicado un interés especial al detenido estudio del reino animal y vegetal, de las formaciones geológicas y fenómenos meteorológicos, y en general, a los trabajos geofísicos e hidrográficos en las regiones magallánicas. Como dato ilustrativo anotaré sólo algunas empresas científicas de los últimos decenios, a saber: la Mission Scientifique du Cap Horn (1882 - 83), la expedición argentina de Lista (1886), la expedición de Giacomo Bove, teniente de la armada italiana y subvencionado por el Gobierno Argentino (1881), Svenska expeditionen till Magallansländerna, bajo la dirección del Dr. Otto Nordenskjöld (1895-97) die Hamburger Magalhaenische Sammelreise (1904), los es-

tudios de los Drs. R. Lehmann-Nitsche y Ollenberg, comisionados por el Museo de La Plata, die schwedische Expedition nach Patagonien und Feuerland (1907-09) bajo la dirección del Prof. Skottsberg, la expedición del señor Carlos Gallardo (1909) subvencionada por el Gobierno Argentino, etc.

Fuera de estas comisiones nombradas y de varias otras que no es el lugar de recordar, han cruzado aquellas regiones muchos especialistas para entregarse cada cual al exclusivo estudio de su dedicación científica.

Merecen mención los siguientes hombres de ciencia: Rousson y Willems, franceses (1893), Ward, norte-americano (1893), Mercerat, (geólogo francés 1893), Dr. L. Plate, zoólogo alemán (1893-94), J. B. Hatcher, profesor del Museo Carnegie (1896), Alboff y Shaeck, botánicos del Museo de La Plata (1897) Brougham y Tichborne, ingleses (1903), Eduardo Holmberg, botánico argentino (1905), Wellington Furlong, en comisión de la Universidad de Cornell, (1907), etc.

Si dejamos a un lado los trabajos hidrográficos llevados a cabo por la oficialidad de nuestra marina nacional, evidencian los datos anotados, que nuestro país y sus corporaciones científicas de un modo directo han contribuido relativamente poco a la exploración sistemática de las regiones australes; de un modo directo digo: pues no debemos despreciar la atención y eficaz ayuda que todas las expediciones extranjeras han recibido de parte de las autoridades chilenas; por eso debemos decir con justa razón, que nuestro país ha contribuido grandemente a esa noble empresa de investigaciones científicas, aunque sólo de un modo indirecto. Pero ya sería tiempo para salir del papel de mero cooperador, y para proceder a llevar a cabo tales empresas de propia iniciativa y en completa independencia de otras naciones; así lo exige el honor de nuestro país, y la reputación de nuestros especialistas adquiriría de tal manera una mayor estimación en el extranjero.

Convencido de nuestra descuidada actuación en este campo, Ud. señor Director, movido por un sincero patriotismo deseaba realizar un estudio extenso y detenido de las razas fueguinas; y gracias a la importante protección del señor Presidente de la República y de otras altas personalidades de nuestro Gobierno, se han realizado ya dos viajes por aquellas regiones, a cargo del que suscribe. Debe tenerse presente que fui honrado con tal comisión precisamente en la época en que el país se veía en la necesidad de imponerse estrechísima economía, con motivo de la crítica situación mundial; era, por consiguiente, imposible poner a mi disposición sumas considerables; lo que se haría gustoso en tiempos normales. Pero una atinada inversión de los pocos recursos recibidos logró subsanar en parte su deficiencia, pudiéndose aducir como prueba de esto los resultados obtenidos en mi primer viaje, resultados que fueron puestos en conocimiento de Ud. en mi primer Informe del 2 de Mayo de 1919.

En la esperanza de que los resultados obtenidos en mi segundo viaje satisfagan los anhelos que Ud., señor Director, abrigaba al confiarme esta comisión, me permito presentarle en estas líneas un resumen breve de los trabajos llevados a cabo por mí en aquella región lejana.

En mi primer viaje hice mis estudios principalmente en la raza Ona, que a pesar de ser nómada, en los meses de verano se estabiliza en puntos determinados por algunas semanas.

Teniendo presente este hecho, no dudé del buen éxito que obtendría en el estudio de esta raza; pues, tenía la seguridad de alcanzar a ponerme en contacto con ella. Sólo me preocupaba que, a pesar de las múltiples precauciones que el extranjero puede tomar para conseguir la confianza de un grupo de seres completamente indiferentes a las pruebas de since-

ridad que se les muestra, estos indios hicieran fracasar mis buenos propósitos. Porque nunca el extranjero podrá adaptarse por completo a las costumbres y modales de un pueblo, si no se presenta a él como asimilándose todas las peculiaridades y la idiosincrasia de ese mismo pueblo, tan heterogéneo en este caso; y si no se amolda a su sentir con el fin de nivelar las diferencias esenciales de las respectivas culturas, nunca jamás puede conseguir el extranjero la confianza de un pueblo, indolente a su presencia e indiferente a sus intereses científicos; pues, sin la explotación de la confianza absoluta del indígena, cualquier trabajo o empeño que se haga en este sentido, quedará sin resultado.

Sin pretender haber podido penetrar en su íntimo sentir en el vasto tesoro de sus mitos y leyendas, en las tradiciones peculiares a su tribu y las ceremonias iniciales de los púberes alcancé de todos modos, a reunir un abundante caudal del idioma Ona, como también los objetos de su cultura material que faltaban hasta ahora en nuestro Museo, y por fin un valioso material antropológico que logré desenterrar en diversas partes de la Tierra del Fuego.

En mi primer viaje me había familiarizado con la idiosincrasia y particularidades del tipo Ona, y ligeramente con las del tipo Yámana; estos últimos han conservado las costumbres de una perfecta vida nómada, invariable hasta nuestros días y que seguramente mantendrán sin alteración en vista de las condiciones de vida en aquellas apartadas e inhospitables regiones de este Continente.

Es sumamente oneroso introducirse en un pueblo de carácter netamente nómade, y acompañarlo con el único fin de coleccionar los objetos de su uso y de estudiar sus particularidades étnicas; y tanto más cuanto que este pueblo está formado de grupos reducidos que independientemente emprenden sus viajes. Este caso se nos presenta con los Yámanas, quienes en grupos de dos o tres familias cruzan en sus canoas la in-

finita red de caprichosos canales del archipiélago del Cabo de Hornos, cambiando constantemente de residencia; y como el número de ellos no excede de un centenar, puede imaginarse cuán múltiples son las dificultades que debe vencer un solo explorador si no dispone de un buque en que seguir en pos de los pequeños grupos de indios escondidos en los innumerables canales casi inaccesibles.

Esta fué mi situación, porque la subvención reducida que de parte de este Museo pudo ponerse a mi disposición me obligó a hacer una estricta economía. Además, el subido costo de los transportes marítimos me quitó toda expectativa de arrendar un barco cualquiera para destinarlo al fin que perseguía. Por esta razón hube de resignarme a emprender todos mis viajes por tierra.

Según datos reunidos en mi primera excursión, los Yámanas, en la época de la esquila de ovejas, acostumbran reunirse en crecido número en Punta Remolino, en la estancia de los Srs. Laurence, los filantrópicos protectores de aquella raza desheredada. Aquí es donde los indígenas encuentran ocupación durante unas 5 o 6 semanas. Si pretendía yo tener éxito, debía apresurarme para estar en Punta Remolino a su debido tiempo; pues, una vez terminados los trabajos, los indios se desparraman tomando cada cual su rumbo independiente.

Como se comprende, estudiar esta raza fué mi fin principal en el segundo viaje que emprendí. Me alisté, pues, convenientemente, llevando el instrumental antropológico moderno, máquina fotográfica y una buena cantidad de remedios, regalos con los cuales he logrado siempre atraerme la confianza y amistad de los desconfiados indios, refractarios a todo contacto con los civilizados.

No me faltaban recomendaciones valiosas y la especial ayuda de altos funcionarios de nuestro Gobierno.

El mismo Presidente de la República, Sr. don Juan Luis

Sanfuentes, por intermedio de su secretario privado y actual Gobernador de Magallanes, tuvo la amabilidad de inclinar su influencia a mi favor en todos los círculos oficiales y relaciones privadas; pues, él deseaba un buen éxito en esta empresa científica por la cual se interesaba personalmente, ya que iría en adelante de los conocimientos científicos y en prestigio de nuestro país en el extranjero.

El 5 de Diciembre salí de Santiago a Valparaíso, donde tomé el vapor "Chiloé", zarpando en la noche del 6. El viaje fué bastante incómodo, porque este vapor, perteneciente a la compañía Braun y Blanchard, hace con su igual, el "Magallanes", el mismo viaje a lo largo de la costa chilena hasta Punta Arenas, de manera que, siendo estos los únicos vapores para este recorrido, afluye gran número de pasajeros, especialmente en los meses de verano. Después de feliz travesía, anclamos en Punta Arenas en la mañana del 17 de Diciembre.

También esta vez el Ilustrísimo Sr. Obispo Aguilera me recibió con la amabilidad y benevolencia que le caracterizan. Comprendiendo la importancia de mi misión, puso en juego toda su valiosa y efectiva influencia para ayudarme en los preparativos de mi próxima travesía de la Tierra del Fuego. Igualmente el señor Swett, gobernador interino en aquel entonces, se declaró decididamente en mi favor facilitándome las recomendaciones para los empleados subalternos dependientes de su Gobernación. El apoyo más entusiasta y eficaz lo recibí del Sr. don Carlos Fuensalida, eminente patriota y favorecedor de todo empeño científico, entonces comandante del Apostadero Naval de Magallanes. Después de imponerse de los fines que yo me proponía en mi viaje y de mi firme propósito de dedicar varias semanas a investigaciones de índole etnológica entre los indios Yámanas, me invitó a aprovechar la buena ocasión de embarcarme en la escampavía "Yelcho", que estaba en vísperas de partir

con rumbo al canal Beagle. Tan amable ofrecimiento me sirvió de punto de orientación para el desarrollo de mi viaje, pudiendo disponer así la ruta que seguiría tanto de ida como de vuelta. Sin pérdida de tiempo arreglé las últimas diligencias y me embarqué por la tarde del 20 de Diciembre.

La noche se pasó tranquila y era precursora de un hermoso día que, en el lenguaje de los marinos, pertenece a los diez que por estas regiones se repiten en un año; así nos tocó la rara suerte de cruzar el Brecknok con una mar tranquila, bajo un cielo completamente despejado. Jamás había pensado que la parte más austral de Chile, tan ignorada, por desgracia, de la mayor parte de sus hijos, presentara una magnificencia tan llena de hermosura, tan majestuosa e imponente, tan variada y jamás superada. Muy agradable me fué esta travesía por las muchas atenciones con que fuí obsequiado de parte de toda la tripulación. Esto me convenció de la bondad proverbial de nuestros marinos.

Viajaba en esta misma escampavía el señor Carlos Crooke, secretario del consulado español en Punta Arenas; este caballero se dirigía a su estancia al Sur del río Douglas, en la isla de Navarino, propiedad que había adquirido del Rev. J. Williams, hace dos años.

Los primeros trabajos de cristianización de aquellos indígenas llevados a cabo por misioneros anglicanos, fueron iniciados por el filantrópico capitán de la marina inglesa Sr. Allen Gardiner, quien partió de Inglaterra llevando consigo otro misionero ayudante, un médico y cuatro abnegados marinos. Este reducido grupo de valientes llegó a la isla Picton, a la entrada oriental del canal Beagle, en el año 1850; a causa de la hostilidad de los naturales y de la pérdida de una de sus embarcaciones, se vió obligado a abandonar la isla Picton después de dos meses de permanencia en ella, y se refugió en el Puerto Spaniard en la costa austral de la Isla Grande, lugar que desgraciadamente quedaba distan-

te de la ruta que siguen ordinariamente los buques que doblan la región del Cabo de Hornos. Lejos de toda clase de recursos, pocos meses después de su llegada, los misioneros cayeron enfermos debido a la carencia de víveres frescos, y agotándose lentamente sus fuerzas por crueles padecimientos, murieron de hambre uno tras otro, en Septiembre de 1851.

Este fracaso había evidenciado la imposibilidad de abrir una misión en la Tierra del Fuego; por eso la Dirección Central de la South American Missionary Society, con residencia en la isla de Keppel, del grupo de las Malvinas, fundó allí un centro de propaganda del cual salieron los misioneros en viaje de cristianización, pudiendo volver a ese mismo centro si las circunstancias lo exigían. Para realizar este proyecto se necesitaba una embarcación, la que efectivamente fué construída en buenas condiciones, recibiendo el nombre de "Allen Gardiner"; así los misioneros pudieron comunicarse con facilidad con todo el Archipiélago Fueguino, desde las Islas Malvinas.

Luego entabláronse relaciones con los indios Yámana y en vista de las favorables muestras de confianza de parte de ellos, los misioneros creyeron sin objeto las precauciones que antes tomaban contra los indios.

Así fué que en Diciembre de 1859 el capitán del "Allen Gardiner", lleno de confianza y valor, desembarcó con su tripulación en Wulaia, puerto en la costa occidental de la isla Navarino, algunos kilómetros al Sur del Estrecho de Murray, donde fueron rodeados y ultimados cruelmente por los indígenas. Este acto se debe, posiblemente, a insinuación de un indígena que acababa de regresar de Inglaterra a donde había sido llevado por Fitz-Roy, el jefe de la conocida "Expedición al Canal de Beagle"; motivos para explicar esta matanza de parte de los indígenas, no se han podido encontrar.

A causa de este triste acontecimiento, las relaciones de

los misioneros de Keppel con los fueguinos quedaron por largo tiempo suspendidas. Sólo en 1863, el Rev. Stirling se atrevió a reanudar la obra de sus antecesores y con espíritu resuelto desembarcó en Wulaia, para dar sepultura a los restos de los desgraciados que en ese lugar habían sido cobardemente muertos, cuatro años antes. En efecto, fué en esta ocasión cuando la comitiva inglesa logró conquistar la amistad de la población indígena; y, poco después, el año 1869, consiguieron fundar la misión de Ushuaia. Pero debido a que el Gobierno Argentino hiciera centro de la Gobernación de la Tierra del Fuego a esta misma ciudad, la misión inglesa no pudo permanecer en este punto, y poco tiempo después fué trasladada a Tekénika, lugar al sur de la península de Pasteur en la isla Hoste.

El número de los indígenas disminuía en forma alarmante, y por otra parte, la apretada situación de este nuevo centro de misión dió motivo a serias dificultades; por esto el Rev. Williams cambió de nuevo la residencia, estableciéndose en la desembocadura del río Douglas, pocos kms. al sur de Wulaia.

En el último decenio, principalmente debido a grandes y variadas epidemias que produjeron una gran disminución en la población Yámana, no valía ya la pena hacer tan grandes sacrificios y mantener la misión; la pertenencia de aquel terreno en el río Douglas fué transferida por el Rev. Williams al ya mencionado Carlos Crooke, quien disfruta de ella desde hace dos años.

He intercalado esta reseña histórica con el fin de completar los datos ya presentados en mi primer Informe y para facilitar la comprensión de los motivos que me indujeron a visitar estos mismos puntos.

Por referencias que me fueron dadas anteriormente, en tiempo de la esquila concurren ordinariamente algunas familias de indios Yámana a la estancia del río Douglas, con el fin de obtener un pequeño ahorro con el trabajo en la esquila de las ovejas. Con tanta mayor razón suponía poder desenterrar restos antropológicos, ya que había sido allí la sede de la primitiva misión inglesa. Por eso acepté gustoso la invitación del señor Crooke para visitar su propiedad, pues contaba con su apoyo decidido y entusiasta.

Después de una feliz travesía por el brazo N.O. del canal de Beagle, donde gozamos de la grandiosa magnificencia con que la naturaleza ha querido adornar aquellos solitarios parajes, caracterizados por enormes ventisqueros que arrastran portentosas masas de hielo hacia las aguas de este angosto brazo de mar, aparece a nuestra vista la pobre y abandonada población de Ushuaia. Sin anclar en este punto nos dirigimos hacia la angostura Murray, y siguiendo rumbo al sur, desembarcamos en la estancia de río Douglas, en la tarde del 22 de Diciembre. Nos recibió el administrador señor Schilling, quien nos atendió con muy buena voluntad, mostrando siempre su satisfacción por nuestra llegada; pues el arribo de un barco a tan apartada región significa gran acontecimiento para sus pobladores. Por lo largos que son los días en estas regiones australes durante esta época del año, no oscurece hasta las once de la noche mas o menos; se pueden continuar así las prácticas diurnas hasta una hora muy avanzada. Esta circunstancia me permitió empezar en seguida mis averiguaciones y recopilar los datos que podían interesarme. Llegué a saber que, desgraciadamente, en este año no había acudido ninguna familia indígena a esta estancia. Las causas por las cuales no concurren esta vez, son completamente desconocidas; pues, su vida nómada les deja entera libertad, y exentos de obligaciones, no conocen compromisos ni normas fijas para sus actos; con tener su alimento se contentan, más aspiraciones no tie-

nen, y la comida la encuentran en donde quieran que pongan la vista. Su aprovisionamiento les impone algunos sacrificios sólo en el invierno; porque entonces la navegación por aquellas regiones inhospitalarias azotadas por fuertes huracanes se hace más difícil, sobre todo en canoas tan frágiles como las que ellos usan. Tuve que renunciar a los estudios que me había propuesto hacer aquí en los representantes de esta raza; pero a tales desengaños está siempre expuesto el que pretende acercarse a un pueblo nómade con el objeto de estudiar sus particularidades étnicas.

Me quedaba la esperanza de reunir un buen caudal de material antropológico, porque esta estancia era centro de reunión; aquí tenían su escuela y su iglesia, regentadas personalmente por el Rev. Williams; aquí tenían también su cementerio. Al día siguiente di principio a mis trabajos de excavación en el lugar donde se hallan enterrados unos 30 individuos de la raza Yámana, cada uno en su respectivo cajón. La capa superficial consistía en arena, y a una profundidad de 1,20 m. empezó una capa de greda; ésta, por su impermeabilidad, permitió que el agua se acumulara, de modo que los cajones quedaban tapados por el agua. El efecto de la acumulación permanente de esta agua era que los restos óseos se ablandaron de tal modo que al tocarlos se deshacían, y además, las suturas perdían unión, quedando abiertas irregularmente. Después de hacer excavaciones en diversos puntos, obteniendo el mismo resultado negativo, desistí de mis trabajos convencido de que no sacaría provecho alguno, pues todos los restos se deshacían al tocarlos disolviéndose en seguida en el agua que los cubría. Dediqué entonces el tiempo que me restaba al estudio de la flora y fauna de esa región. En una chalupa me dirigí a la estancia de Wulaia con la esperanza de encontrarme con indígenas; pero también esta vez mis intenciones se vieron fallidas. Visité la tumba de

los valientes misioneros que aquí fueron muertos, hace tiempo.

A lo largo de todas aquellas costas de esos canales, se ven siempre los característicos montículos de conchas: indicios de que familias indígenas habían construido aquí, temporalmente, sus ranchos. A veces en tales montículos se encuentran enterrados esqueletos de indios, como asimismo armas y utensilios domésticos hechos de piedra; con poca prolijidad excavé algunos de ellos obteniendo resultados satisfactorios.

Réstame agradecer las muchas atenciones de que fui objeto de parte del señor Crooke y de su administrador señor Schilling y esposa.

Luego tuve noticias de que un grupo considerable de indígenas se había reunido en Punta Remolino, lugar situado a 20 km. al Este de Wulaia en la costa Norte del canal de Beagle. Resolví acercarme a ellos, en seguida, en vez de dirigirme a Tekénika, donde habría podido hacer excavaciones, talvez con un positivo provecho.

En resumen, mi corta estada en río Douglas no fué del todo sin resultado; alcancé a obtener una canoa hecha de un solo tronco de árbol ahuecado; estaba ésta abandonada en el bosque, pues talvez los indios la dejaron sin terminar. Tuve que arrastrarla a la playa, donde la embarcamos en el "Yelcho".

La canoa hecha de un solo tronco significa un "adelanto" en la cultura de los Yámanas; antes de tener contacto con los civilizados, disponían solamente de instrumentos y armas de piedra que les permitían ejecutar únicamente trabajos muy rudimentarios; pues, cortar y ahuecar un árbol con hachas y formones de piedra habría sido casi imposible. Por consiguiente, en tiempos anteriores hacían sus canoas sólo de corteza, cosiendo las diferentes partes con fibras vegetales. Como se comprende, con tal elaboración la obra no po-

día ser muy duradera, alcanzando a resistir más o menos un año; y así el indio tenía que empezar de nuevo a construir su canoa ya inservible. Pero cuando los indios recibieron las herramientas más adecuadas, de parte de los civilizados, abandonaron el sistema primitivo de construir las de corteza, y empezaron a cortar y ahuecar un tronco que, indudablemente, presentaba una gran resistencia. En este sentido podemos indicar que esta última forma de canoa significa un progreso en su cultura material, y hoy día no encontramos una sola del tipo frágil ya descrito.

Al medio día del 26 de Diciembre partimos de río Douglas en dirección a Punta Remolino; al llegar aquí, vimos que efectivamente se había reunido un buen número de indios Yámana. Acto continuo desembarqué en este lugar, mientras la escampavía regresó a Punta Arenas.

En la estancia de Punta Remolino fuí recibido por sus propietarios, señores Laurence, con la hospitalidad que les es propia. Ya anteriormente tuve ocasión de dejar constancia del valioso concurso que estos caballeros podían proporcionarme para el feliz término de los estudios que me determinaban a visitar aquellos lugares; y, efectivamente, no me había equivocado, porque el éxito inesperado de mis investigaciones etnológicas no se habría obtenido sin el decidido influjo de estas amables personas.

Estos señores me introdujeron entre los indios; hicieron desaparecer las fútiles sospechas que los indígenas tienen de cualquier desconocido, consiguiendo, finalmente, que estos me mostraran tanta confianza como jamás civilizado alguno hubiera recibido de parte de ellos. Este grupo de indios que se acababan de establecer unos diez días antes, se habían arranchado en unas pobres habitaciones que se encuentran cerca de la casa de la estancia; debido a esta circunstancia me era sumamente fácil estar diariamente en íntimo contacto con ellos, preguntándoles mil cosas de su cultura material,

y más todavía, de su mitología, que se puede decir es completamente desconocida, porque los datos que se han recogido al respecto son muy pocos; ni siquiera los de la Misión Científica al Cap Horn son completos. Sin embargo, como pude imponerme, el tesoro mitológico que guardan los Yámanas, es grande y precioso. Así pasé horas y horas a la lumbre del fuego animándoles a que contaran lo que por tradición conservan de sus antepasados. Allí al abrigo de sus pobres chozas me referían cómo y de dónde habían venido los primeros hombres a estas regiones; cómo se formó la inmensidad de los canales y la nieve eterna que cubre de blanco sus montañas. Me dejaron conocer los nombres de las aves y demás seres vivientes, refiriéndome la particularidad mitológica de cada uno de ellos; hablaron de los hechos heroicos, de las portentosas proezas del "Ləm", el actual sol, porque éste, estando antes en la tierra, luchaba contra el poderoso "Tarwaləm", su declarado enemigo, quien destruía y quemaba con implacable furia todo lo que tenía a su alcance; me revelaban que al principio mandaban las mujeres a las cuales los hombres prestaban servil obediencia, y cómo más tarde el viejo "Yoáloj" descubrió el secreto de las mujeres y animó a los hombres a levantarse y darles muerte a todas con excepción de una sola, quedando las mujeres desde entonces sometidas al hombre; finalmente me referían los destinos de su raza, su pasado y su presente, y el porvenir oscuro que los condena a una desaparición definitiva. Les escuchaba sus variadas y poéticas referencias impregnadas de una tristeza infinita, referencias de tanta importancia e interés para el que sabe penetrar el alma de tales pueblos y comparar sus diversas manifestaciones.

Sin negar las dificultades que estos indios tienen para precisar sus ideas y detallar las circunstancias, en forma lógica y coherente, logré, sin embargo, con ardua paciencia entresacar las valiosas leyendas y mitos, supersti-

ciones y tradiciones que acompañan a este pueblo en la última etapa de su existencia y que se habrían perdido, sin duda alguna, si no hubiera tenido la suerte de captarme su completa confianza. Pues, hay que tener presente que nadie que con fines análogos a los míos, haya visitado estas regiones y esta raza, ha alcanzado a recopilar las variadas e importantes tradiciones desconocidas hasta ahora; verdaderamente debo confesar sin ponderación, que jamás un individuo de raza blanca ha logrado introducirse en lo más íntimo y sagrado de su mitología y tradiciones. La causa de esta confianza no me la sé explicar; no niego que al fin y al cabo la experiencia adquirida en mis estudios etnológicos y viajes anteriores, me han dado cierta habilidad para acomodarme a la vida de un pueblo primitivo, para penetrar con cierta facilidad en su idiosincrasia, para compartir con ellos sus emociones y sentimientos, y llegar a comprender, por este camino, su carácter y su alma; pero todo esto no alcanza a dar completa explicación. Lo único que puedo decir al respecto, es que les he acompañado día y noche, sin mostrarme jamás con aquella imperiosa superioridad que el civilizado acentúa en todas partes; me he amoldado en todo mi ser a ellos, me he contentado con la comida propia de ellos a pesar de su defectuosa preparación; estuve sentado con ellos alrededor de su fuego para abrigarme en las noches frías y lluviosas; les he seguido en sus cantos lastimeros y quejumbrosos en los cuales recordaban a sus amigos y demás deudos queridos ya desaparecidos; compartía también sus alegrías cuando en los largos días, a horas avanzadas, hacíamos una abundante pesca; en una palabra: me he amoldado a su ser tan íntimamente que he sentido con ellos y como ellos. Durante nuestras conversaciones arribamos también a las ceremonias iniciales de los púberes, y se me despertó un vivísimo interés por conocer en sus detalles estos ritos singulares, que no faltan casi a nin-

guna raza, y que son de suma importancia para conocer el temple e idiosincrasia de un pueblo. Alrededor de esta importante ceremonia, como su núcleo, se agrupan toda la vida práctica y las costumbres particulares de una raza, siendo además la participación en esta fiesta un paso esencial en el desarrollo del individuo y de sus relaciones con los demás de la tribu. Se sabía ya que no sólo los indios Ona tenían tales ceremonias que llaman "Klóketen" sin que conociéramos detalles de ellas, sino que también los Yámanas las tenían en forma parecida; pero por falta de precisión en las narraciones transmitidas anteriormente por algunos viajeros, no se podía afirmar a ciencia cierta la existencia de esta costumbre. Tuve, por consiguiente, que abusar de la confianza de éstos, por decir así, y tratar de levantar el velo que cubría aquellos misterios; estas mis intenciones las había manifestado ya a los señores Laurence, y debido a la influencia de parte de ellos logramos al fin que los indios se reuniesen para celebrar el "colegio".

Mi intento de presenciar esta ceremonia inicial de los púberes, causó en el ánimo de estos individuos una revolución de ideas y sentimientos; pues les era incomprensible que un blanco, insignia de sus odios, pudiera atreverse a profanar con su presencia las más caras y sagradas ceremonias. Pero no me dejé desanimar por su resistencia; les traté de persuadir de mi sinceridad y de mis propósitos de igualarme enteramente a ellos, con el fin de que por una muestra tal, mi persona les quedara ligada por lazos indisolubles de amistad y aprecio. Muestras de la sinceridad mía las tenían en abundancia; lentamente les vino la convicción de que no era yo un civilizado que se presentaba con intento de explotarlos o de abusar de su sencillez; y esta convicción se iba arraigando día a día en vista de una continua exteriorización de mis sentimientos. Las instrucciones que los indios recibieron de parte de los señores Laurence, desvanecieron en ellos un poco la

idea de que un blanco no podía asistir a sus ceremonias secretas; también me favorecía la circunstancia de que el último "colegio" se había celebrado unos 9 años atrás, y los indios veían la necesidad de volver a celebrarlo. Finalmente, en vista de que su número se había reducido tanto—pues su totalidad comprende hoy en día sólo 73 o 74 individuos—no les parecía mala la idea de arreglar cuanto antes su "schejáus". Después de muchas discusiones, esta idea se abrió camino, y resolvieron finalmente admitirme bajo la condición de entrar como "discípulo" y de someterme a las prescripciones de su severo ritual. Sin vacilación alguna acepté la propuesta, y cuando ellos se hubieron desocupado de sus trabajos en la esquila empezaron los preparativos para el "colegio".

No tengo la intención de dar a conocer todos los detalles de esta ceremonia; sólo en rasgos generales anotaré el curso de ella.

Un lugar apartado y oculto, lejos de las miradas de los profanos, se destina para sitio de la reunión. Los ancianos eligen un viejo experimentado como maestro, a quien respetan y obedecen, sometiéndose a sus dictámenes con toda estrictez; éste destina algunos hombres valientes e intrépidos que hacen el papel de policías; los otros se encargan de cortar palos para la construcción del rancho. Mientras se ejecutan estos trabajos, los policiales vigilan impidiendo, por sus gritos que bien se conocen, que alguien se acerque a la reunión. Dentro de tres días el rancho estaba listo; se prendía el fuego en el medio y los viejos deliberaban como desarrollar el programa de estas festividades, respetando las costumbres de los antiguos; determinaron también cuáles individuos tomarían parte y recibirían las instrucciones.

Por ser reducido el número de los indios, sólo dos jóvenes tenían la edad correspondiente: uno de 27 años no había pasado por esta ceremonia debido a su permanencia entre los indios Ona; el segundo era un joven de 17 años; el ter-

cer alumno fuí yo. Terminados los preparativos y deliberaciones, entonaron los hombres sus lúgubres y monótonos cantos, mientras los policiales ocupaban sus puestos en la parte más alta del rancho. Este tenía un largo de 12 m. y un alto de 2½ m., el ancho medio era de 3½ m.; tenía dos puertas opuestas, las cuales estaban custodiadas por dos policiales. A la caída de la noche, los policiales, armados de un largo lazo se dirigen, sin que nadie los observe, al rancho respectivo, para capturar al joven que debe recibir las instrucciones; lo sacan por la fuerza a pesar de la resistencia de los parientes y de la gritería de las mujeres, lo amarran y lo llevan al rancho del "colegio". De la misma manera fué traído el segundo joven, y finalmente el que esto escribe. Dos hombres que esperan en la puerta reciben a los «colegiales», les cubren la cara con algunos cueros de modo que nada puedan ver, y sólo los sacan cuando empiezan las apariciones fingidas de malos espíritus, hechas con el fin de atemorizar al joven. Después de las apariciones, cada uno de los «colegiales» recibe a otras dos personas. hombres o mujeres, que hacen las veces de padrinos; a mí me tocaron de padrinos un hombre y una mujer, que de antemano habían sido designados por el maestro del "colegio". Estas personas tienen la obligación de vigilar por su encomendado e instruirle en todo lo que debe enseñarse en este "colegio", principalmente, prescripciones de carácter moral, obligaciones del hombre para con sus congéneres, el tratamiento que debe dar a su mujer e hijos, las prácticas en confeccionar las armas, conseguir habilidad en la pesca y en la caza, etc. Después se somete al "colegial" a duras pruebas de ayuno, dándole de alimento, en los primeros días, un solo choro y un sorbo de agua; en seguida tiene que permanecer en cuclillas y sin moverse y sin mirar; si olvida esta obligación es amonestado y castigado severamente por los padrinos en medio de los cuales permanece sentado. Intencionalmente cuentan los viejos algunas cosas chistosas y el joven no debe reírse; a veces le ponen un

escarabajo sobre la piel, fijándose que no se atreve a ras-
carse; y continúan algunas otras pruebas por el estilo. En
la noche le permiten dormir alrededor de tres horas solamen-
te, en una posición más cómoda, pero, guardando siempre
la postura encogida que ha mantenido por todo el día. Los
cantos monótonos no cesan ni de día ni de noche, turnán-
dose los cantores; estos cantos impiden la aproximación de
los espíritus malignos.

Sin entrar en otros detalles referiré que en esta ocasión me
contaron también sus mitos, a saber: la creación del mundo, la
llegada de los primeros hombres, y las instrucciones que éstos
dieron a los Yámanas, sus descendientes directos, y varias otras
tradiciones más, de suma importancia para la etnología y
psicología.

Según las circunstancias exteriores y el número de los
asistentes, las instrucciones del "Schejáus" solían durar de
una a seis semanas; a nosotros nos tocó permanecer diez
días, debido al reducido número de alumnos.

Las duras pruebas a que fuimos sometidos, hacen compren-
der sobradamente el terror con que los jóvenes ven apro-
ximarse esta ceremonia, y de igual manera tiemblan sus pa-
rientes, que sienten la obligación de someter a sus niños a
padecimientos tan extremos.

Al acercarse el fin del "colegio", los policiales comunican
a las mujeres y ancianos que aguardaban lejos, en las espesuras
del bosque, el día fijado como término. Ahora ellos pueden
entrar también al rancho que ha sido profusamente adornado
con ramas de robles; se les invita a todos a comer de los cho-
ros recientemente preparados, símbolo de la unión de los
Yámanas.

Por el hecho de haber asistido a la ceremonia del "Sche-
jáus", fui incorporado a la tribu Yámana y me queda la obli-
gación de asistir a la segunda etapa de la instrucción, que ellos
denominan "Kina"; ojalá se me presentara la ocasión de
aprovechar esta confianza de los Yámanas para introducirme

en los secretos más serios y profundos que quedaron de revelarme en el segundo "colegio".

Después de haberme repuesto de las duras pruebas en las que me había debilitado grandemente, seguí mis investigaciones tomando a la vez medidas antropológicas.

Gracias a la ayuda de los señores Laurence, alcancé a reunir el ajuar completo de una familia Yámana, es decir, una canoa hecha de corteza, de tipo primitivo, armas, adornos, instrumentos y materiales de uso diario. Todo esto faltaba en nuestro Museo.

Bastante me habían atendido ya, y como se sentían cansados de la vida sedentaria, acentuóse en los indios la necesidad de viajar, en forma imperiosa e irresistible, para satisfacer de este modo su temperamento nómade y aventurero. Así pensamos en despedirnos; yo mismo me sentía rendido, principalmente por mi permanencia en el "colegio".

Se acercaba la despedida, y nos reunimos en un rancho comentando nuestras relaciones que insensiblemente se habían hecho tan estrechas e íntimas; hablábamos sobre el porvenir de la raza cuyos últimos representantes estaban reunidos alrededor de este fuego; recordábamos los hechos de los antepasados, su vida libre e independiente, su suerte triste que empezó con la venida de los civilizados, su rápida desaparición debida a la absorción de toda actividad independiente por los blancos.

Un solo consuelo parecía animarles al recordar las crueldades cometidas por los civilizados, y era que llegaron a conocerme a mí; les parecía que era yo el único blanco que abrigaba caridad. Esta circunstancia me conmovió profundamente y sentí como ellos la cadena de amarguras y sufrimientos que sin culpa ninguna había atado la existencia de su raza, para sepultarla al golpe de los más crueles sufrimientos; me repetían que se sentían aliviados en algo por haber conocido antes de su completo exterminio, a un sólo

blanco que les dió pruebas efectivas de sentimientos humanitarios y de sinceridad. Básteme decir que nuestra despedida fué conmovedora; los indios no cesaban de recomendar-me una próxima vuelta.

Muy agradecido de los señores Laurence, partí de Punta Remolino el 22 de Enero. Gran parte del éxito de mis observaciones y trabajos en descifrar los enigmas que envolvían a este desconocido pueblo de los Yámanas, tildado de antropófago sin haberlo sido jamás, lo debo exclusivamente al influyente apoyo de estos atentísimos caballeros.

Permítaseme advertir que los mismos indios protestan enérgicamente contra ese calificativo de parte de los que no los conocen; y es de sentir que hombres de tan alta fama como Charles Darwin, basándose en insuficientes observaciones, fueran la causa de que en el mundo científico se divulgase este concepto de costumbres antropólagas entre los Yámanas. Naturalmente los pocos exploradores que después de Darwin cruzaron estas regiones, y más todavía, algunos escritores superficiales que discutían sobre estos asuntos, no juzgaban necesarias nuevas investigaciones, repitiendo la defectuosa observación hecha anteriormente por Darwin; y de este modo se transmitió hasta nuestros días esta errónea suposición. Espero tener ocasión para refutar esta calumnia y hacer justicia a este pueblo difamado.

Salí de Punta Remolino a puerto Harberton por el único camino que existe, llamado del Gobierno. Mi intención era de volver al campamento de los Onas a la orilla del lago Fagnano; después de penosa travesía por la cordillera, llegué a este mismo lugar donde el año anterior me había encontrado con los Onas. Desgraciadamente, solo ví sus abandonadas chozas. En la estancia cercana me hicieron saber que este

grupo de indios había salido a guanaquear, quién sabe a dónde. Continué, entonces, el viaje por caminos peligrosos y pesados y siempre a caballo; un indio me servía de guía. Llegué el 24 de Enero al campamento de Río del Fuego, donde me recibió mi estimado amigo, el P. Juan Zenone, con la amabilidad que le caracteriza. Pero no me era posible permanecer por mucho tiempo en este campamento y disfrutar de la bondadosa hospitalidad que me dispensaba mi respetado amigo; determiné como día de partida el 28 de Enero. Sin embargo, en estos pocos días de permanencia a orillas del Río del Fuego, efectué algunas mediciones antropológicas, logré completar mis observaciones lingüísticas comenzadas en el año pasado, y tomar varias fotografías de tipos característicos de indios. En todos estos trabajos fuí eficientemente ayudado por el P. Juan Zenone, conocedor y fiel amigo de los Onas, y de quien guardaré los más gratos recuerdos; finalmente pude adquirir algunos objetos más de la cultura material de estos indios.

El Miércoles 28 de Enero seguí viaje hacia el N. alcanzando a atravesar en la misma tarde el Río Grande; llegué a las 12½ de la noche a la misión Salesiana donde me hospedé. Como dije en mi Informe anterior, cerca de esta misión se encuentra un gran cementerio que en muchas ocasiones y por diversas personas, ha sido removido con el fin de sacar esqueletos y osamentas de los indígenas. Como se sabrá, no hay registro que indique con claridad cuáles personas y dónde han sido sepultadas; pues este cementerio no sólo ha sido la mansión del silencio para los indígenas, sino también para los civilizados que han muerto en aquella región. A pesar de la inseguridad de los datos, probé suerte, escarbando en varios puntos; pero en ninguna parte el suelo se había visto libre de anteriores trabajos, y desistí de mi intento, en la convicción de que no obtendría resultado práctico.

Al amanecer del 30 de Enero, continué hacia la llamada

Estancia Segunda, y de ahí seguí internándome hacia el Oeste, para llegar en la tarde al puestode un ovejero, que denominan Sección Cartilla. Ahí pasé la noche y en la madrugada continué a caballo, sin abandonar la dirección que llevaba; el trayecto fué muy penoso, pues los caminos se hallaban en lamentable estado debido a lo blando del suelo que hacía más dificultosa la marcha del caballo. Alcancé pronto a la frontera chilena, y a las 9 de la mañana pisaba territorio nacional; continuando la misma ruta llegué a las 4½ P. M. a la estancia Vicuña que se encuentra en el corazón de la Tierra del Fuego, alejada de toda comunicación; tiene 54°4' de latitud Sur y 68°51' de longitud.

El objetivo que me llevaba a esta estancia fué el de averiguar, si talvez aquí existía todavía el perro salvaje. Como se sabe, el perro indígena de la Tierra del Fuego había sido domesticado por los indios con mucha anterioridad, les era muy fiel y de mucha utilidad en la caza; también los primeros exploradores han hecho referencias de este perro, sin dar una explicación detallada; no cabe, por consiguiente, la menor duda de que este animal era originario de aquellas regiones australes. Habría sido de singular importancia la adquisición de un ejemplar con el fin de hacer estudios comparativos con el perro indígena que domesticaron los mapuches; pues, es sabido que el perro existía en América del Sur mucho antes de la venida de los españoles, como lo prueban, por ejemplo, las momias de perro guardadas en nuestro Museo de Etnología, momias que alcanzan una edad de 1500 años. Estas momias pueden agruparse en dos tipos diferentes, es decir, uno de hocico corto y otro de hocico largo, circunstancia que como característica del perro americano ha constatado el Dr. H. von Ihering, Director do Museu do Estado de St. Catherina. Según datos muy exactos que el administrador de esta estancia me había dado, no podemos ya admitir la existencia actual del

legítimo perro indígena; pues, el perro salvaje de hoy, no es sino un cruzamiento entre aquel y el galgo introducido por los civilizados, sin negar con esto que tales perros guarden muchos caracteres del perro indígena legítimo, como se puede ver en los cueros de perros cazados por el administrador de esta estancia durante los últimos años.

Este caballero me proporcionó dos de estos cueros; más tarde tuve oportunidad de examinar uno del perro salvaje legítimo en el Museo de los padres Salesianos en Punta Arenas, y me fué fácil constatar una innegable semejanza entre estos ejemplares. Desgraciadamente no he podido adquirir ningún esqueleto de este perro. Como se comprende, su extinción se debe a la importación de galgos y perros ovejeros llevada a cabo por los estancieros; porque el perro salvaje era un peligro para las ovejas, y así ha tenido que desaparecer, aun siendo de importancia vital para el indio mismo.

Pero ¿quién hacía caso en aquel entonces del derecho a la existencia que tenía también el indio?

Perdida en el bosque, algo lejos de esta estancia, me encontré con una familia Ona y aproveché este feliz encuentro para anotar otras observaciones más sobre la vida y las costumbres de esta raza.

Me permito agregar algunas rectificaciones al mapa que poseemos de esta región. Por ejemplo, en el que fué editado por la Oficina de Mensura de Tierras, no figura el gran Lago Blanco, de una extensión de 35 km. y un ancho de más de 15 km., situado bajo el grado 60°5' de longitud y 53°58'-54°12' de latitud Sur; más al Sur está el Lago Chico, de un largo de 15 km. y del mismo ancho que el anterior; este Lago Chico se desagua en el Lago Blanco por el río Cochrane que nace en el extremo norte del Lago Chico, describiendo un semicírculo hacia el Norte para desembocar en el Lago Blanco. Por el contrario, el río que se halla más al Este del Lago Blanco y que figura en el mapa con el nombre de Cochrane y

que desemboca en el Río Grande, es propiamente el Río Catalina. A unos 20 km. más al Oeste del Lago Chico, se encuentra el Lago Lynch, que tiene un largo de 20 km. y está situado algunos 20 km. más al Oeste de la posición que le da el mapa, equivocadamente.

Me despedí de aquella hermosísima región el 2 de Febrero, continuando al N.O. en dirección a la Bahía Inútil. Después de dos horas de viaje, se acabó la vegetación arborea, y entré al terreno arenoso, de lomas suaves y de baja vegetación escasa, alcanzando esa misma tarde a la estancia Mac-Clelland donde pasé la noche. Sin pérdida de tiempo, continué mi viaje a la madrugada del otro día siguiendo por la costa de la Bahía Inútil, sin detenerme a estudiar la infinidad de los bloques erráticos que cubren todo aquel terreno. Llegado a la estancia Caleta Josefina, recogí datos detallados sobre yacimientos de esqueletos indígenas, porque éste fué el lugar donde, hace 40 años, algunos marinos de la cañonera Magallanes habían sido asesinados por los indios en ocasión de que ellos exploraban estas tierras, cumpliendo las órdenes del Gobierno. Era esta región en donde se habían librado muchas batallas entre los mismos indígenas; por lo cual pude recoger varios restos antropológicos y algunos ejemplares de sus antiguas armas, como ser: piedras, flechas, boleadoras, etc. Concluido este trabajo, me dirigí a Porvenir, donde aproveché la primera oportunidad para trasladarme a Punta Arenas, y dí por terminada mi exploración por la Isla Grande de la Tierra del Fuego.

Para resumir en pocos términos el resultado práctico de esta travesía, debo anotar que en ninguna parte dejé de hacer observaciones sobre la flora y fauna regional, juntando además abundante material de herbario. Durante mi estada

entre los Yámanas he recogido casi todos los objetos de su cultura material; entre éstos, juzgo de gran importancia la canoa de corteza de tipo antiquísimo y otra más perfecta y moderna de un tronco de árbol. Sólo el etnólogo puede ponderar el valor de los datos recogidos por mí de la mitología Yámana que por tanto tiempo fué ignorada en el mundo científico. Restos antropológicos de estos indios no me cupo la suerte de reunir; pues ellos no tienen cementerio, y entierran a sus muertos en el lugar donde han dejado de existir, a veces ni guardan en la memoria este lugar que para un civilizado es sagrado; pero tal indiferencia, lejos de ser un salvajismo, no es sino una consecuencia de su vida nómada.

Entre los Onas he completado los anteriores trabajos lingüísticos y mediciones antropológicas, adquiriendo a la vez nuevos objetos de su cultura material.

Por invitación del señor Germán Eberhard, me trasladé a la región de Ultima Esperanza, con el fin de imponerme del estado de la célebre cueva llamada del Mylodón. Un estudio tal no era directamente del ramo de mi dedicación; sin embargo, no era completamente ajeno a las investigaciones etnológicas y paleontológicas, ya que conjuntamente con los otros restos se encontraron armas e instrumentos elaborados por el hombre. No es mi intención ponderar la importancia que ha tenido este hallazgo del *Grypotherrum domesticum* Roth, que es el verdadero nombre de aquel animal extinguido, que únicamente se ha encontrado en este sitio; tampoco me propongo discutir las múltiples controversias que con motivo de tal descubrimiento se han suscitado en el mundo científico; sólo agregaré que fueron descubiertos por una casualidad el año 1894, por el benemérito capitán Eberhard, el señor von Heinz y el señor Krueger.

Al pasar por aquellas regiones la expedición de Otto Nordenskjöld, en 1896, y al año siguiente el célebre Dr. F. Moreno, reconocieron su importancia y la dieron a la publicidad; desde aquel entonces han afluído muchas comisiones extranjeras para practicar excavaciones en aquella cueva. Fué también la comisión de Hesketh Prichard, con el aventurado propósito y la esperanza de poderlo encontrar este animal todavía en la plenitud de su vida.

Los pobladores de aquella región, al ver que tanta cantidad de personas venían desde lejos en busca de los restos de aquel animal, calculaban que motivos de orden pecuniario atraían a tantos hombres ilustrados y, pensando enriquecerse como los demás, empezaron a remover el suelo por su propia y desatinada cuenta.

Al entrar en la cueva sufrí la más penosa impresión: sólo podía observar los escombros dejados por una vandálica destrucción; no se podía ver ni señales de la estratificación original del suelo; pues no sólo habían trabajado con herramientas, sino que han hecho uso hasta del explosivo para levantar toda la capa superficial y obtener así la mercadería que les produciría una lucrativa ganancia. A pesar de todo esto, al ojo del observador metódico no se escapan del todo los detalles reveladores para la ciencia; de suerte que logré descubrir varios mechones de pelo y pedazos ovales de excremento de esta especie fósil. A mi modo de ver una prolija excavación de esa gran cueva no sería del todo estéril, porque la capa de excrementos que se encuentra al lado derecho revela, que no sólo uno sino varios animales han encontrado allí su muerte. Determinar la edad geológica con absoluta seguridad será cuestión muy difícil a causa de la devastación, pero con una concienzuda observación no sería del todo imposible.

En una de las muchas visitas que hice a esta cueva encontréme en compañía del señor Gobernador y de varias otras personas de vasta ilustración; interrogué en esta ocasión

por el costo de una excavación metódica y conforme a las exigencias científicas, con el fin de sacar la tierra de esta cueva hasta una profundidad de 1 m a 1, 20 m. El suelo es relativamente plano, con un largo de 200 m. por 50 m. de ancho en la entrada, estrechándose hacia el fondo; el punto culminante de la bóveda dista del suelo 32 m. Pero tomando en cuenta la localidad y demás dificultades que importaría un trabajo tal, en esa región tan apartada, subiría su costo a una suma tan crecida, que no me atrevería a presentar el proyecto de ella al Supremo Gobierno ni a sociedad científica que se interesara por esto, y con mayor razón, por ser el resultado siempre problemático.

Permítase aquí aclarar cuál es el verdadero nombre de esta cueva que tan a menudo se confunde con otra cercana a ella. La que se hizo notable por el hallazgo de los restos del *Gryotherium*, lleva el nombre de cueva del *Mylodón*; es completamente seca, aunque en su bóveda se encuentran pequeñas estalactitas. La otra está a poca distancia de la anterior y se llama cueva de Eberhard; es notablemente más chica, muy húmeda y llena de hermosas y grandes estalactitas; en ella no se han hecho hallazgos de ninguna clase.

Ahora sólo me resta agradecer las atenciones de que fui objeto de parte del señor Eberhard y familia, y el eficaz apoyo con que contribuyeron al éxito de mi trabajo.

Volví a Punta Arenas el 23 de Febrero, creyendo haber terminado mi comisión, y me embarqué el 26 del mismo mes en un vapor de la línea Braun y Blanchard, logrando estar en Santiago el 9 de Marzo y reasumir en seguida mis funciones en el Museo de Etnología y Antropología.

Señor Director: la índole de este Informe no me permite darle una explicación detallada de mis investigaciones, efec-

tuadas en la vasta región austral de nuestro país; por esta razón he debido limitarme a dar, en líneas generales, la ruta que seguí en mi viaje, y anotar someramente y de paso, los resultados obtenidos. Anteriormente anoté ya el abundante material etnológico que logré reunir y que hoy se encuentra debidamente exhibido en nuestro Museo. Como se comprende, las observaciones lingüísticas y las relaciones mitológicas imponen un estudio extenso y prolongado; sin embargo, espero tener tiempo disponible para darlos a conocer a la mayor brevedad posible.

Ha sido para mí una especial distinción, la comisión que Ud. me ha encomendado; y me atrevo a suponer que los resultados en ella obtenidos han de satisfacer las expectativas que en ella había cifrado.

De gran importancia ha sido el provecho que las ciencias etnológicas han adquirido por los datos y observaciones reunidos en este viaje. Era la segunda vez que tenía la oportunidad de pasar por las regiones magallánicas y de dedicarme con preferencia al estudio de la raza Yámana.

Otro problema que exige con urgencia su pronta solución, es el estudio de la raza Alakaluf. Como es sabido, este grupo es muy poco conocido, tanto en su etnología como en su idiosincrasia y desarrollo físico; las pocas noticias que de estos indios tenemos nos han sido transmitidas por uno que otro navegante que incidentalmente cruzara por aquellas canales; y es de presumir que tales apuntes hayan sido tomados con ligereza y sin método alguno.

El mundo científico espera que este urgente problema sea muy pronto solucionado por un hombre de ciencia, a fin de poder salvar las características y particularidades de aquella raza, cuyos escasísimos representantes están condenados a una rápida desaparición.

En vista de estas consideraciones, me permito formular respetuosamente el siguiente anhelo: que estas ideas no sean

miradas con indiferencia por los altos círculos gubernativos; sino que, por el contrario, los representantes del Supremo Gobierno, que han manifestado siempre su buena voluntad para subvencionar estas empresas científicas, continúen prestando su valioso concurso para la realización pronta de una próxima expedición a los canales patagónicos, refugio de los indios Alakaluf, con el fin de estudiar sus últimos restos, antes de que desaparezcan para siempre, llevándose los secretos de su cultura y de su historia.

Como decíamos al empezar este Informe, creemos que una empresa de esta naturaleza sería el más hermoso y justo homenaje que pudiéramos rendir, en esta fecha memorable, a la memoria de aquel ilustre navegante, cuyo valor y genio entregaron a la vida de la civilización y de la ciencia, aquellas hermosas y lejanas regiones de nuestro vasto Continente.

Santiago, 29 de Mayo de 1920.

MARTÍN GUSINDE,
Jefe de Sección.